

LA VOZ DEL PADRE SIMBÓLICO

"¿Quién?, más allá de quien habla en el lugar del Otro y que es el Sujeto, ¿quien está más allá, cuyo Sujeto, cada vez que habla, toma la voz?"

J. Lacan. Los nombres del Padre. Seminario inédito del 10/11/1963

Intentaré precisar la función del padre simbólico en la medida en que permite *evaluar* aquello que denominamos *baño de lenguaje* indispensable para la humanización del niño y, en la cura, para la simbolización.

Para avanzar, tomaré apoyo en el enigma de un encuentro arcaico (1) entre *lo universal del lenguaje* especificando el polo paterno, y *el universo* de una lengua *privada*, la lengua materna. Si este encuentro (2) tiene un valor inapreciable, es porque conduce al inconsciente del niño en tanto creación.

Habitualmente este encuentro, del cual cabe precisar que no puede ser observado directamente, dado que la clínica no muestra sino los efectos, se desarrolla sobre todo del lado materno. Investigaré el polo paterno a partir de secuencias clínicas y de textos freudianos y lacanianos, y daré a la vez algunos parámetros para precisar la naturaleza del inconsciente freudiano dado que el polo paterno conduce allí.

Concluiré con una interpretación acerca de la manera en que la tradición judeo-cristiana se topó con este enigma y cómo respondió.

(1) Texto escrito *après-coup* luego de una comunicación intitulada "Au Nom du Père" (En el Nombre del Padre) en el marco del Coloquio la S.P.F. sobre lo arcaico en Besançon, 8-9-10 octubre de 1999. Este trabajo tiene en cuenta las preguntas que recorrieron este coloquio.

(2) Encuentro que no ha dejado de ser una interrogación para Lacan, dado que dicha insistencia no es extraña a su nominación del padre simbólico y del Significante del Nombre-del-Padre.

La deuda simbólica recusada en la aparición del síntoma

Julien, un niño de 10 años, le confiesa a su analista que se despierta repentinamente de noche por la aparición de espectros. Cuando enciende su velador, éstos desaparecen. Pero vuelven ni bien apaga la luz. Sabe que no existen cuando se ubica en lo conocido, en lo visible, sin embargo, este saber se derrumba apenas se instala la oscuridad, como si desapareciera la distinción posibilitada por la visión de lo conocido, dejando libre el terreno a los monstruos que se distribuyen en el universo tenebroso que lo rodea.

Julien confiesa también que lo ha espantado una transformación: mientras miraba la foto de una persona conocida, desaparecieron súbitamente los límites de las formas dando lugar a lo deforme. Esta invasión no alteró la foto, no obstante, cuando se vio confrontado al hecho, este saber lo abandonó, arrojándolo a la angustia devoradora similar a la que sintiera con la aparición de los espectros.

Julien, da cuenta de que el humano se ha instituido, sin saberlo, como el lugar de un conflicto binario entre lo que sabe que es en tanto Sujeto en lo simbólico y que es su verdad, y algo que no habla, lo real en lengua lacaniana. Habitualmente, este conflicto, administrado según la economía del principio de placer por el campeón del desconocimiento que Freud denomina “yo”, no aparece en la medida en que éste sigue siendo amo y señor.

Julien relata que puede ocurrir repentinamente que dejara de reinar en él, el displacer resultante de la aparición de un nuevo saber donde lo real tiene un ascendente (1) sobre lo simbólico; el humano se reduce entonces a lo real del objeto (a), deshecho, por que decae de lo simbólico. En función de esta decadencia, ¿Cuál sería el movimiento

(1) J. Lacan. *R.S.I.* Seminario del 14 de enero de 1975.

transferencial infaltable?

Supongo que Julien, sin saberlo y más allá de sus dichos, *demand*a que se actualicen en transferencia los dos campos evocados del conflicto binario, porque lo que es como síntoma posee un secreto que no ha podido ser oído, siendo el síntoma el efecto de dicha recusación y, pudiendo a la vez ser analizado en función de ese llamado. Concibo al analista como aquel que no se atrevería a oponerse a esta nueva dirección. Pero, ¿de dónde viene ese llamado? La pregunta puede prolongarse, su destreza mediante: ¿por qué puede ser oído y qué significa responderle?

Si estas preguntas no van de suyo, es porque que no pueden ser desarrolladas por el pensamiento, dado que es im-pensable para éste. Es decir, que son posibles debido a su falencia. Estamos orientados hacia la precedencia de lo *universal del lenguaje* que transmite una ley que denominamos simbólica porque *trasciende* lo humano, dado que vincula con un lugar primordialmente separado –ese lugar no le es inmanente–, que no puede conocer imaginariamente, sino sólo reconocer simbólicamente si acepta pagar el precio, el de la deuda simbólica. Entonces, es en la medida en que el psicoanalista puede aceptar endeudarse en el lugar de aquello que lo sobrepasa, la trascendencia de lo simbólico transmitido por lo *universal del lenguaje*, que podrá no recusar su llamado cuando se le brinde para ser reconocido. Pero ello no explica qué hace que el analista pueda oírlo, dado que este llamado no depende de la significación porque solicita lo que ésta recubre, la significancia donde lo oído se transmuta en *insólito*.*

Lacan nos pone en esa dirección en la clase de s seminario del 15 de enero de 1958 (1) así como en su artículo intitulado « De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis” escrito a la par en diciembre de 1957 y enero de 1958, al enunciar que la reflexión

* NdT: Juego con la similitud fonética de *oüi* (oído) e *inoüi* (insólito).

de Freud "lo ha llevado a unir la aparición del significante del padre, en tanto autor de la ley, a la muerte, inclusive al asesinato del padre, mostrando que el padre simbólico en tanto significa esta ley, es el padre muerto" (1). ¿Qué nos transmite esta lectura de Freud cuya audacia reside en operar una junción entre paternidad y muerte, sin olvidar el testimonio de Julien?

El universo primero del lenguaje y su llamado

Freud aborda esta cuestión en 1913 en *Tótem y tabú* cuando supone en el origen del Sujeto, una incorporación del padre muerto responsable de una identificación enigmática, dado que la clínica no muestra sino los efectos. Si unimos estos datos freudianos con aquellos de 1925 sobre *La negación*, aparece que el Sujeto por venir se construiría en el doble movimiento siguiente.

Por un lado, el pre-Sujeto toma la fuerza paterna al incorporarla y constituye así una entidad cerrada sobre sí misma, buen interior simbólico que no tiene en cuenta el afuera ya que sus representaciones alucinatorias le garantizan la existencia de aquello que representan por obedecer a la economía del principio de placer. Por otra parte, *del* padre escapa a este proceso, porque no se lo considera bueno para ser incorporado. Rechazada en el afuera, esta parte *del* padre va a subsistir allí no sin retornar bajo ciertas condiciones, produciendo lo que Julien llama "espectros", que son, en verdad, *algo del* padre, que, por no haber recibido la sanción que le hubiese permitido hallar el reposo en lo simbólico, yerra en lo real como *padre en lo real*. ¿Pero por qué cuando aparece este último, no puede ser olvidado por Julien, manera de interpretar la venganza de la cual se cree víctima?

(1) J. Lacan. *Écrits*. p. 556

El carácter hostil y persecutorio está, sin duda, ligado al hecho de que *el padre en lo real* es percibido como extraño, dado que no es conocido y, por ello mismo, corruptor de la fuerza paterna simbólica incorporada. Por otra parte, si no cesa de volver, lo cual también es un elemento de persecución, es sin lugar a dudas para que le sea otorgada la simbolización de la cual ha sido privado y que sabe indispensable para encontrar el reposo simbólico.

Entonces se aclara el sufrimiento de Julien: cuando está en juego el conflicto binario, el corruptor que es el extraño se ve detenido por barreras que deben garantizar lo bueno simbólico de adentro. En cambio, cuando lo imaginario visible que rige estas barreras deja de estar allí, porque la oscuridad ya no le permite diferenciar lo visible de lo no visible, las barreras no pueden ya sostener ante el peso de lo real del extraño que las hace estallar. Julien habla de una contaminación *real* del padre simbólico resultante de la desaparición de las fronteras que hasta allí protegían al padre simbólico de la toxicidad del padre *en lo real*. Así lo dice el propio Julien: quiere deshacerse de esos fantasmas que "se le meten en los ojos y ocupan su cabeza". Pero, ¿acaso es éste el horizonte de *su* demanda, dirección que guía la transferencia?

Aún no sabe que sabe que hay Otra perspectiva que la del rechazo al perseguidor, ya que el *padre en lo real* no vuelve, en realidad, más que para *pasar* a lo simbólico. Es decir: el sufrimiento de Julien no está tan ligado al retorno del padre *en lo real* sino al hecho de que *habría podido* responderle, transmutándolo de este modo en padre simbólico: eso es, aceptar estar en deuda en el lugar de lo simbólico. ¿Qué se puede deducir del lado del analista en la transferencia?

Que es importante que el analista no recuse, como Julien, *su* deuda en el lugar de lo simbólico, por ejemplo permaneciendo en la significación edípica, dado que el llamado del Significante del Nombre-del-Padre coloca nuevamente en su lugar imaginario, al rival, padre edípico que permite explicar sin dudas los síntomas, como lo ha mostrado Freud, sin conducir

empero a la simbolización, es decir a la creación del Sujeto del inconsciente. ¿En qué consiste pues esta operación que permite que advenga el Sujeto del inconsciente?

Para avanzar, partamos del hecho que lo *universal del lenguaje*, cara paterna del *baño de lenguaje*, en el momento en que es encontrado por la *lengua privada* materna, transmite al niño, de manera enigmática, un operador *extraño* que saldrá de su reserva cuando el ser parlante haga la experiencia de la pérdida de palabra. Aquello que Freud denomina anonadamiento que precede a la luz, inhibición que conduce a la represión y al síntoma corresponden a ese momento indispensable para que aparezca ese Extraño en el lugar del Otro -que Lacan denomina "*Che Vuoi?*" - y se dirige al Sujeto del inconsciente por venir en estos términos: "*Tu que has perdido el uso de la palabra, ¿estás autorizado a advenir Parlante?*". En ese preciso momento, no sólo el lugar del Otro ya no es más el de la consistencia de la demanda del ser del Otro, manera de precisar el duelo de la palabra, sino que lo *insólito* que surge de él súbitamente no puede ser oído sino por lo *insólito* del Sujeto por advenir, como si la voz que lo porta fuera inaccesible a todo amo en significación : llegamos en la dirección de una voz que no depende del *oír* de la significación ya que transmite lo *insólito* de la *significancia*.

Habría pues, en el horizonte de lo *universal del lenguaje*, un *Extraño* (1), Significante primordial que no otorga significación alguna, Significante del Nombre-del-Padre (Lacan), precisa Freud en 1925 en *La negación*. En suma, ese significante lleva en sí mismo la promesa de la riqueza de una puesta en común a venir, -es el ad-venir- de un mestizaje que permite que la extrañeza de lo más extraño se anude a lo íntimo más radical realizando un acto que puede suponerse *analítico* ya que crea una auténtica articulación entre el Otro y el Sujeto del inconsciente, inédita porque sobrepasa el dualismo del yo y del otro.

(1) El Significante del Nombre-del-Padre es en efecto el único significante que el Sujeto no puede producir: lo cual no ha sido señalado por Freud.

El problema, es que el momento de abolición del pensamiento dualista no se encuentra sin cierta angustia cuya recusación, como lo constata Julien, debe relacionarse con la transformación de ese significante de lo simbólico que es el padre simbólico, en significante en lo real que es el fantasma, por no ser reconocido simbólicamente: reencontramos aquí el conflicto binario de todo pensador excepto si puede confiar en el pensamiento inconsciente regido por el *Más allá del principio de placer*.

Cabe notar que este extraño, *no del todo* extraño, permite el acceso a la Alteridad dado que la nota extraña que atesora, permite el acceso a lo siniestro que es un efecto de la aparición de lo inasible real del Otro. ¿Quién podía suponer que la riqueza de lo *universal del lenguaje* estaba ligada a lo siniestro? ¿Quién podría habernos transmitido el enigma de este Extraño que es el padre simbólico (1), Significante del Nombre-del-Padre que, si no es reconocido al aparecer, conduce a lo siniestro o al *trastorno de memoria en el Acrópolis*? ¿Quién? Sino aquél que no ha cesado de ser trabajado por los efectos de su encuentro en lo real cuando se descubría como habitado por la presencia de algo que no lo dejaba en paz, el propio Freud y luego Lacan, así como cualquier analista que acepte la ganancia de estar en deuda simbólica.

Dejemos ahora apaciguar a Julien la venganza del padre *en lo real* permitiéndole acceder al reconocimiento simbólico, e intentemos precisar el llamado ya esbozado del Significante del Nombre-del-Padre.

(1) Con la diferencia que Freud no ha podido nombrarlo y ha fallado así en la interpretación de la psicosis, dado que su recurso a la homosexualidad proyectiva fue una explicación que no toma en cuenta la incumbencia de *lo universal del lenguaje* que falla allí por forclusión del Significante del Nombre-del-Padre, como lo ha tan bien hallado y transmitido Lacan, leyendo a Freud.

El agujero en el pensamiento

Mientras hablo con un interlocutor que conozco bien e intercambiamos juntos, sin dificultad, puede ocurrir que perciba en mi mismo repentinamente el desarrollo de pensamientos que se van extendiendo progresivamente, poniéndome en la dificultad, casi la imposibilidad, de continuar oyendo a mi interlocutor.

Si estoy atento, podré constatar que estos pensamientos se enganchan a lo que dice y que apuntan a la constitución de argumentos que confirmen sus dichos o los contra-digan. Si su contacto no me coloca bajo el ascendente de un real demasiado fuerte, podré ser el abogado de la buena o de la mala fe, no importa, y subir al estrado para brillar con mis palabras. Si lo real es más fuerte, voy a tartamudear. Si es demasiado fuerte, ni siquiera podré pensar, quedando reducido a ese detenimiento en el hecho de pensar.

¿Qué me ha ocurrido de repente? Realmente no lo sé. A lo sumo, puedo suponer que he encontrado *algo*, lo real, que me detuvo sin que lo supiera. ¿Puedo quedarme con esto? No, porque ese *algo* no cesa de ponerme a trabajar como si no pudiera olvidarme. ¿Pero, qué es lo que oculta?

Podría verme llevado a vislumbrar, al igual que Freud topándose con lo real ligado al significante *Herr* (1), que, sin saberlo, he recusado un encuentro, pero, ¿qué es, ese encuentro, inasible para el pensador que yo creo ser? ¿Un pensamiento inconsciente reprimido secundariamente? Tal vez, pero ¿por qué he debido recurrir a esta defensa?

(1) S. Freud, « Oubli de Noms Propres », in *Psychopathologie de la vie quotidienne*. Payot pp. 5-19

En verdad, si le otorgo la importancia que se merece ese *agujero* en mi pensamiento que me priva de la palabra que poseía hasta entonces, va a conducirme a un punto que yo ignoraba en mi, a un Otra parte que allí donde no cesaba de aprisionarme mi pensamiento, antes y después de su aparición. Antes, pensaba que sabía lo que decía. Después, estoy en otra posición, intrigado por el hecho de que mi pensamiento no se detiene más: ¿esa insistencia no sugiere acaso que vuelva yo al punto del encuentro fallido para reconocer ese *algo* impensable, incomprensible, enigmático, ante el cual he desfallecido?

Lo que no puede detenerme, es que no tengo pista alguna para saber algo al respecto, el hablador que soy no pudiendo guiarse por algún saber... Mejor así, porque sin ese *agujero*, jamás habría oído... ¿oído qué?

El insólito llamado de la voz del padre

La desaparición del saber que ya estaba, me permite descubrir que hay presencia de una presencia no presente hasta entonces, presencia de un "je, que...*no sabe* qué oye, (condición para que) *cree* (a) en lo que oye (1). ¿Acaso ese momento no evoca la caída del *Sujeto supuesto saber* (Lacan) que no sabría advenir sino de la promoción del *objeto causa de deseo* (Lacan) (2) que se da a quien puede advenir receptor insólito de una voz que transmite lo insólito sonando de pronto, como ya lo hemos supuesto. Extraña resonancia de esa voz que no sabría ser registrada, reproducida, razonada dado que busca una presencia, inconsciente de sí misma, Sujeto del inconsciente que, inmediatamente, antes de todo pensamiento, le dice "*si*" a ese extraño que lo interpela y que acepta, cuando hasta ese momento había establecido barreras para protegerse de aquello que le resultaba extraño. El pensador que soy no podía

(1) A. Didier- Weill, *Invocations, Dionysos, Moïse, Saint-Paul et Freud*. Calman-Lévy. 1998 p. 17

(2) En cuanto al objeto del deseo del Otro, provendría del deseo inconsciente y concerniría a ese represor que es la represión secundaria, mientras que el objeto *causa* de deseo, auténtica creación en transferencia, depende de ese creador que es la represión originaria.

pensar que ese llamado pudiera elevarme a la altura de la ética. ¿Por qué ?

Cuando resuena esta invocación, puedo rechazarla, condición indispensable a toda ética. En cambio, como ya no tengo apoyo alguno en el saber que ha desfallecido, no puedo *confiar* más que en lo insólito que oigo: el llamado de la voz del padre que anuda, cual relámpago, el puro sonido de la significancia simbólica y el portazo de lo real que me arranca del adormecimiento en que el yo se complacía y me complacía. ¿Cómo se da esto en el desarrollo de una cura?

El Sujeto del inconsciente en la transferencia

Puede ocurrir que un analizante se encuentre de pronto ante el hecho de no poseer nada en verdad de lo que ha adquirido hasta entonces, como títulos, diplomas y cualquier bien. Todo sucede, en efecto como si la propiedad que le otorgaba hasta ese momento la ley simbólica del código civil dejara de pertenecerle. La transferencia no se detiene allí, ya que puede oírse al mismo tiempo, una ley anunciada por cierta angustia por resultar desconocida. ¿Qué descubre en ese mismo momento?, o sino, aunque no la conozca, ¿puede acaso reconocerla como viniendo de Otra parte?

Descubre que la ley simbólica que conoce bien, aquélla que está consignada en el código lexical de la ley, no le otorga más la constancia de la legitimidad que le daba hasta ese momento, y sobre todo al mismo tiempo, que también *hay* una ley no escrita, *extraña* ya que nada tiene que ver con la significación o el sentido, ley que reconoce ya que le abre espontáneamente *su* íntimo. ¿Por qué, pese al de-ser ocasionado por la desaparición del

semblant de legitimidad de la ley escrita que no por ello es recusada por éste, oye ahora y acepta entonces a esta *extraña* en su pensamiento?

Si ese momento es inapreciable para el devenir de este analizante, es porque dispone, tal como lo hemos supuesto, de un *pasador* que le ha sido transmitido por sus ascendentes, Significante del Nombre-del-Padre que, no siendo extraño a ninguna de los dos, puede anudarlos y trascender así el conflicto binario que oponía hasta entonces a las dos leyes simbólicas inconciliables, aquélla, escrita, del código, que le ha permitido seguir el camino ordenado de la significación ya allí, y aquélla, no escrita, que se le brinda como originaria, arcaica, en un asombro que lo afecta a tal punto que ya no va a poder prescindir de ésta.

Primera en ser transmitida por *lo universal del lenguaje*, ésta última no hace sino confirmar al inconsciente como segundo, el olvido de esta ley primordial escrita por la ley no da sino más valor a su repentina aparición, ya que se encuentra en el origen del tiempo por venir, en que el emisor de palabras que es el Sujeto del inconsciente, podrá resonar luego de que un primer tiempo lógico permita el advenimiento de un receptor que pueda oír su llamado; Lacan nos lo transmite de manera lacónica : "el emisor recibe del receptor su propio mensaje en forma invertida"(1). Siendo la inversión el inestimable pasaje, del cual se ha hecho cargo el Significante del Nombre-del-Padre, de lo invocante a lo invocado" cuando suena la música", tal como lo recalca Alain Didier-Weill (2). Si ya no soy como antes, es porque he sido llamado en ese comienzo que es lo arcaico por una solicitud simbólica en reserva, la del Significante primordial, que sólo se brinda como pura voz, *resto* que es, en ese momento, el objeto-voz (3). Luego de esta perspectiva transferencial, trabajemos sobre la

(1) Tal como se lo precisara durante el coloquio en varias oportunidades, Freud no ha percibido el primer tiempo, el del receptor. Sólo nos trasmite el segundo, el del Sujeto creador en función del deseo inconsciente. En cuanto a Lacan, no se olvida del primer tiempo del receptor, sin duda porque da cuenta de la relación del psicótico con la palabra, dado que éste no es en verdad sino un receptor. Lacan prolonga así a Freud donde éste falla y nos transmite la importancia del Significante del Nombre-del-Padre como aquello que anuda en una inversión, el receptor de la palabra del Otro al emisor de su propia palabra.

(2) A. Didier Weill. *Invocations. Dionysos, Moïse, Saint-Paul et Freud*. Calmann-Lévy 1998.

(3) Es en nuestra opinión aquello que Lacan denomina deseo (x), enigmático por no estar ligado a un objeto –tal es el caso del deseo inconsciente- ya que es causado por la falta de objeto.

manera en que la tradición judeo-cristiana ha respondido, manera de situarla en función de los datos psicoanalíticos avanzados hasta aquí.

La voz superyoica del padre y la religión cristiana

La religión cristiana no (se) engaña cuando se apoya en que la fuerza paterna debe ser incorporada con frecuencia, el rito de la comunión cristiana aminora la contaminación del padre simbólico con el *padre en lo real*.

En la misma perspectiva, el pecado sería el efecto del surgimiento de ese corruptor que denominamos lo real y que la religión interpreta como la *carne*, el *mal* porque su fuerza es mayor que la ley divina, como lo señala Paul de Tarse (1). Así, desde el primer hombre, Adán, aparece la fragilidad de la barrera que maneja el conflicto: si, al principio, Dios y Adán se encuentran en el espacio cerrado de lo simbólico, en determinado momento desaparece este espacio para Adán.

Paul de Tarse, quien fuera salvado por la aparición del Cristo crucificado en la ruta de Damas, teoriza el pecado original a partir de su experiencia singular, estableciendo estos datos para todo humano. Partiendo de, nacido *malo* porque ensuciado por culpa de Adán, fue transformado en *bueno* por la gracia de Dios, Paul transmite su teoría, aquélla que le dicta *su* pensamiento: el humano no puede, por sí mismo, volverse bueno nuevamente, porque sólo Dios puede, con *su* gracia, devolverle el acceso a la pureza originaria: de allí surgen los procedimientos del bautismo, la conversión, la penitencia que corresponde a la misma palabra griega, *métanoïa* cambio.

(1) "La carne la condena la impotencia" Epístola a los Romanos VIII, 3.

Paul de Tarse es un pasador pero es un pasador imaginario dado que no hace más que reforzar el conflicto binario manteniendo las barreras imaginarias separando lo puro y lo impuro, que sólo el amor y la gracia de Dios pueden levantar en ciertas condiciones. La conversión de Paul de Tarse es una versión del perseguidor al perseguido, ya que el campo de su pensamiento siempre es el de lo *ídolos yoicos y superyoicos*.

La iglesia va a desarrollar estos datos, desde el siglo I, consolidándolos en el dogma de la Santa Trinidad que fija aquello que había quedado más abierto para los evangelistas. Juan, en su prólogo (1), había precisado, que el Verbo estaba con Dios en el comienzo, mientras que el hijo, encarnación del Verbo, recién aparecía secundariamente.

Pero, ¿por qué la iglesia, afirmó durante once siglos, sin contradicción posible, que el padre y el hijo son *desde el principio* de igual sustancia? ¿Cuál es el secreto que encierra la Trinidad para se multiplicaran en su nombre las herejías, convirtiéndola en el único príncipe del universo", tal como lo señala el Concilio de Latrán en 1215? Precisemos algunos eslabones que permitan seguir esta evolución.

En 325 después de J.C., el Concilio de Necea afirma que hay igual sustancia, *homoiousos*, consustancialidad entre padre e hijo, expulsando a Arios que no lo acepta, como hereje y cismático.

En 381 después de J.C., el Concilio de Constantinopla establece que el espíritu es de igual sustancia que el padre y el hijo, la Santa Trinidad se presenta desde entonces fundada sobre tres personas en Una porque tienen una única sustancia.

(1) "En el principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el verbo era Dios. Él estaba en el principio en Dios. Por él fueron hechas todas las cosas: y sin él no se ha hecho cosa alguna...y el Verbo se hizo carne, y habitó en medio de nosotros" (Juan. 1,1-14).

Agustín, convertido en 386 después de J.C., confirma esta atribución, precisando esencialmente que el rol del espíritu es asegurar el regreso de la palabra encarnada del padre (que *es* el hijo), al padre. Así, Agustín de Hipona, comprometido intelectual vuelto doctor de la gracia, aporta su contribución con la *procesión del espíritu* que acuña la con-fusión del lugar de origen y del lugar de recepción de la palabra. ¿Qué se significa en este dogma? Que la palabra originaria no puede fallar porque se encarna en el *homoiousos* entre el padre y el hijo y que vuelve al padre por la *procesión del espíritu*. Cabe precisar, además que esta base teológica cristiana que va a tener la fuerza de la Trinidad ha sido inspirada a Agustín por filósofos paganos, Plotín y Porfirio, para quienes el Uno debe, en un primer tiempo, ser diseminado en sus elementos, luego, en un segundo tiempo reconstituido para ser nuevamente vivificado.

Durante el verano de 1054, en Constantinopla, luego de dos siglos de querellas dogmáticas entre Roma y Constantinopla sobre la cuestión del espíritu, las últimas cizañas sembradas conducen al cisma que va a separar la iglesia latina de occidente y la iglesia griega de oriente: los anatemas del 16 de julio de 1054 solemnemente depositados en el altar de Santa Sofía, sólo serán levantados 9 siglos más tarde, en 1965 por Pablo VI y el patriarca Atenágoras.

La intervención de Santo Tomás, en el siglo XIII, es la que hará ingresar verdaderamente el misterio trinitario, corazón del saber revelado, a la *Suma teológica* con un saber que acepta *razonablemente* el misterio sin hacerlo desaparecer del todo. Santo Tomás es visto, aún hoy en día, como aquel que sacó a occidente de las tinieblas de la Edad Media al precio de un compromiso. Pero ¿qué secreto silenciaba este síntoma que la iglesia, en tanto institución se empeñó en erigir como dogma y que el Concilio de Treinta, en el siglo XVI, elevará al altar bajo la forma realizada por Santo Tomás?

La religión cristiana nos permite pensar qué ocurre cuando la palabra originaria deja de ser una invocación repentina, dado que es una voz que dura, se encarna, persiste, y da sentido.

Así, el secreto del *homoïousos*, misma sustancia de padre e hijo, podría ser el silenciamiento de una *con-fusión* que impide que advenga *lo* parlante como hijo del lenguaje. En efecto, como lo muestra la experiencia de la transferencia, el emisor de palabras sólo puede advenir si ha sido previamente separado del lugar de donde recibió una palabra originaria cuya singularidad es ausentarse inmediatamente, reducida a un *resto* que llama, interpela con cierta angustia. Podemos entonces suponer que la *procesión del espíritu* garantizaría el rapto del encuentro con lo real del lugar de origen ya realizado por el *homoïousos* del padre y del hijo. ¿Será porque este silenciamiento debía ser tan hermético que no podía haber más que *ex-comunicación* de quienes no optaban por obedecer al saber instituido en secreto, los herejes, tomando el lugar de la *ex-comunicación de lo real*? Pero ¿por qué este silenciamiento le interesa al psicoanalista?

Porque supone que aquello que se opone al encuentro de lo real es una astuta instancia psíquica, dado que desarrolla tanto la evidencia como la exigencia sin olvidar el amor, y le da, después de Freud, el nombre de superyo. Lo ha encontrado con frecuencia en su cura y sabe que la institución no es tampoco sin poder también estar bajo su techo en la medida en que privilegia el grupo y el consenso. Sabe en especial que el Sujeto del inconsciente conlleva Otra lógica que sostiene el Significante del Nombre-del-Padre. Hasta puede *osar* suponer que las relaciones entre la institución y el deseo no pueden ser sino conflictivas. Entonces, aquello que *halló* en su cura le permita tal vez salirse del conflicto binario inevitable entre la institución y el deseo para transmutarlo en un conflicto dialéctico: tal es la enseñanza que puede transmitirle, en su defecto, la institución-Iglesia como todo lo que *ya* estaba instituido.

Intentemos ahora examinar la importancia del Significante del Nombre-del-Padre a partir del pensamiento bíblico.

La voz del profeta

Es interesante señalar que el pensamiento bíblico toma en cuenta aquello que silencia la institución-Iglesia. Ésta parte del llamado emitido por Dios, en posición de padre, pero sobre todo de la ausencia de Dios, apenas emitido este llamado en el lugar del futuro profeta, encontrándose reducido a una voz. Quien fuera llamado ignora qué quiere Dios, siendo su único compañero el espíritu que adviene en su ausencia.

No es sorprendente que el espíritu sea aquí tan diametralmente distinto a aquél instituido por la iglesia cristiana, dado que va a sostener lo real en juego en el llamado de la voz del padre, para encontrar en el receptor, lo real capaz de entrar en relación con él : tal es el primer tiempo. El segundo tiempo concierne el pasaje que Lacan invita a denominar como una inversión en la que hemos reconocido la importancia del Significante del Nombre del padre para que advenga el Sujeto como emisor de palabras. ¿Cómo pensarlo?

Anonadado, perdido, mudo, insomne en el primer tiempo de la invocación, el profeta por venir no sólo está perdido porque el espíritu busca en él el buen entendedor de lo real de la invocación para confiar en ello, ya que, luego de ese primer tiempo en que no sabe, podrá advenir como parlante en un segundo tiempo, si un tiempo intermedio, el de la inversión, ha podido ser *pasado* por el pasador que es el Significante del Nombre-del-Padre. ¿Pero hablando de qué? Del lugar de donde advino, del lugar desde el cual una insólita voz le habló y de la cual no puede sino, de alguna manera, tomar la palabra.

El pensamiento bíblico invierte los lugares con respecto a la institución-Iglesia, ya que el espíritu interviene en segundo lugar, pero sobre todo, permite pensar que el padre simbólico queda reducido a una voz: lo opuesto al dogma trinitario.

Para concluir

Retornando sobre lo arcaico, tanto inicio como mandamiento, que constituye para el niño el encuentro de *lo universal del lenguaje y del universo* de una lengua *privada*, la lengua materna, he intentado transmitir aquello que, en el primero, insiste en la transferencia.

La voz del padre simbólico como *resto*, objeto *causa* de deseo, no otorga significación alguna, ya que sólo indica que *hay* Otra dirección, habitualmente cubierta por el sentido. Para dar cuenta de estos datos, supuse que la religión cristiana silenciaba *su* invocación que el mensaje bíblico sí toma en cuenta.

Para terminar, señalaré que Freud, hacia quien sólo podemos tener la mayor de las estimas en la medida en que, al descubrir inconsciente, inventó el psicoanálisis, no deja de transmitirnos, *además*, cuando sólo se apoya en la significación -podemos encontrar esta vertiente en los análisis en que se pone en escena valientemente-, que todo analista puede ser llevado a no tener más en cuenta *el universo primero del lenguaje* como lugar inasible de la significancia desde donde un llamado, si no es recusado, conduce a la simbolización, llamado cuya enigma es convocar una presencia hasta entonces no presente, el Sujeto del inconsciente.